

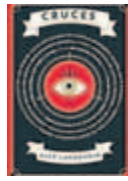


EL PAÑUELO DE LA HIJA DE PIPINO
ROSEMARIE WALDROP

Periférica.
272 páginas. 20,50 euros.

Dice la leyenda que la hija de Pipino el Breve arrojó un pañuelo desde una ventana de su castillo y que donde ese trozo de tela cayó se fundó Kitzingen, la ciudad alemana donde nació la narradora de esta novela. El episodio es relevante por dos razones. La primera es por-

que nos habla de la fragilidad del destino: cómo un simple pañuelo puede marcar el futuro de una comunidad entera. La segunda es que de esa mujer apenas nos ha llegado ese episodio. No sabemos nada más de ella. Ni siquiera su nombre. Y eso es crucial en esta novela que nos habla sobre los misterios del pasado, los secretos familiares y cómo un determinado rasgo puede condicionar toda la personalidad de alguien. Para lo bueno, pero también para lo malo. Esta historia (de intensa carga poética) la cuenta Lucy, la hija mayor de Frederika, una mujer que apenas dos meses después de su boda (en julio de 1926) mantuvo una aventura con el mejor amigo de su esposo. **V. M. V.**



CRUCES
ALEX LANDRAGIN

Duomo.
400 páginas. 34,90 euros.

Un artesano de París recibió hace meses el curioso encargo de una famosa baronesa. Debía encuadernar (con materiales de lujo) unas cuartillas que contenían tres historias sucesivas. Un cuento que parecía escrito por Baudelaire. Un relato sobre la huida de Walter Benjamin ante el

avance nazi por Europa. Una trama de fantasía sobre la transmigración de almas. El problema es que la baronesa no fue a recoger el libro y el encuadernador se encontró con un volumen que, además, tenía unos extraños números que parecían servir como guía de lectura. Uno podía leer el volumen del tirón, como si esas tres historias fueran independientes. O bien podía guiarse por los números de la baronesa (indican por qué página seguir) y leerlo como si fuera una única novela de capítulos entrelazados. Este es el juego que propone este artefacto que se puede leer por separado o como una sola y laberíntica historia. **V. M. V.**



POR VOLUNTAD PROPIA
MATHILDE FORGET

Tránsito.
112 páginas. 16,95 euros.

Y entonces ahí está ella, frente al agente de policía que le toma declaración. Ha ido a comisaría con un profundo sentimiento de culpabilidad. «Soy culpable de que el delito exista porque yo lo he revelado» (101). Y esa sensación de que es responsable de algo se acentúa por las pregun-

tas que le hacen durante el interrogatorio. El policía le lanza interrogantes como dardos, le inquiera sobre cuestiones ajenas a lo que anoche sucedió, le pone contra las cuerdas para minimizar o ridiculizar su testimonio. Mathilde Forget ha escrito una novela corta, directa y punzante sobre la violencia administrativa frente a las denuncias por malos tratos y violación. El libro incide en cómo determinados comportamientos y reacciones solo sirven para revictimizar a las víctimas, para hacerlas sentirse culpables, para conseguir que se cuestione lo que sufrieron y se pregunten si algo tuvieron que ver. Demoladora. **V. M. V.**



El pintor italiano Agostino Brunias retrató el mundo colonial del XVIII de la isla Dominica, en el Caribe.

trito de Murewa, a hora y media de Harare, antes Salisbury. Desgrana diacrónicamente la historia de su pueblo de manera amena y pedagógica, remontándose al tráfico de esclavos hacia América como clave de la postulación del continente. Estamos ante una adelantada contra la obediencia, la sumisión y la invisibilización de la mujer, pero también contra el imperialismo colonizador, contra su «guillotina», que convirtió las manifestaciones artísticas en artesanía;

los idiomas que no consiguió extirpar, en dialectos; la espiritualidad, en mera superstición. Se muestra partidaria decidida de la descolonización real y del «desmantelamiento de la supremacía blanca», ya que «el racismo antinegro sigue vivo y coleando» en todas partes.

Si la activista rodesiana defiende a ultranza la negritud sudáfrica, Condé hizo lo propio, pues vivió en Senegal, Ghana y Guinea, y además con la caribañera de sus orígenes y ancestros,

en buena parte de su obra y también en 'Victoire', original de 2006, como las seis novelas publicadas con anterioridad por Impedimenta, traducida por la poeta Martha Asunción Alonso, un lujo. Condé, narradora de casta y mucho fuste, raigal como pocas, de una prosa portentosa, denuncia igualmente, gracias a sus narraciones «los estragos del colonialismo y el caos poscolonial». La novela, que la autora llama «reconstrucción», se subtítulo 'La madre de mi madre', y está dedicada a sus «tres hijas y dos nietas», en la línea de continuidad femenina familiar.

En razón de la cita inicial de Bernard Pingaud («es indiferente si recuerdo o invento, si tomo prestado o imagino») y de lo anterior, cabe inferir que ha re-creado la fascinante vida de su abuela materna y, de paso, la de su madre y algo de su padre y hermanos, partiendo de la realidad documentada, pero añadiéndole una buena dosis de ficción. Menudo personaje Victoire Élodie Quidal, a la que no conoció, salvo a través de una foto: extrañamente blancucha, como un zombi, cocinera criolla, «una chef de primera», en el ocaso del siglo XIX en su isla natal, Guadalupe, enclave cuya vida social y alrededores, por aquel entonces «un crisol heterogéneo de razas» se describe de modo maravilloso, hasta la Primera Guerra Mundial y la llegada del turismo. Ahí está la protagonista, de niña, mordisqueando mazorcas de maíz; durmiendo, tras escaparse de su 'kabann', la casa-choza, sobre la tumba de su madre, muerta durante su parto con catorce añitos; lavándose, de adolescente su melena negra aleonada en una jofaina; ya mujer, haciendo fajos de caña en la plantación, «debatándose entre la vida y la muerte» tras dar a luz a la madre de Condé...Una evocación biográfica, y de toda una época, prodigiosa.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



Antonio Manilla: blues del fulgor



LO QUE DEJA DE VERSE EN EL FULGOR
ANTONIO MANILLA

Pre-Textos. 68 páginas. 2025.

Adentrase en el bosque de un libro de Antonio Manilla (León, 1967), el autor de poemarios imprescindibles como 'Broza' o 'Una clara conciencia', es siempre un ejercicio de descalce. De despojamiento de vanidades por una parte. De pies desnudos sobre la tierra fría, por otra. En todo caso, de apología de la levedad frente al peso oscuro de los días cotidianos. Él lo dice de otra manera en el primer poema de su último libro 'Lo que deja de verse en el fulgor' (Pre-Textos), un texto que anuncia como poética, pero que funciona también como brújula para orientarse por las frondosidades del poemario: «Al fin y al cabo, nada más es esto / la labor del poeta: / sacar a flote el barco que se escora, / el carbón a la luz y las palabras / subir las hasta el verso / que brilla y atempera como un blues. // Encontrar la alegría en la tristeza».

Subir las palabras al verso, hasta encontrar la alegría pero, más allá de eso, gozarse en la levedad profunda, por no decir en la peyoratoriedad de las personas y las cosas («caducidad del hombre: belleza de la rosa»). Lo que permanece, contradiciendo a Heráclito, en el mismo momento en que se esfuma. La fe de vida que se queda en la retina después de haber sido iluminada por un relámpago, incendiada por el rayo. Misión imposible que solo es posible gracias a la poesía: encontrar el amor (es decir, al ser humano) «a eones de distancia», en un rastro de «galaxias y yertos univer-

ros». Lo que deja de verse en el fulgor, porque en el propio fulgor ha quedado prendido para siempre. Todo eso desde la indigencia del alma del poeta. Pero con el auxilio que le presta la presencia, la palabra o el ejemplo de los otros. Esos otros que nunca faltan en la poesía de Manilla, y que lo mismo puede ser un hombre que llora que algunos compañeros de viaje como Jorge Luis Borges, Claudio Rodríguez, Clara Janés o Fermín Herrero. O Fray Luis, cuando asegura que no ha de tenerse por pobre aquel que «conjetura mundos invisibles». O Aulio Persio Flaco, cuando certifica que el mañana se fuga de una manera tan rápida como el ayer. Otredad que el poeta experimenta en las personas, pero quizás también, o sobre todo, en ese otro trasunto de los hombres que para él son los espacios naturales: los bosques salvajes, mucho, pero especialmente esa naturaleza humanizada donde se escuchan poemas en el viento, donde brotan pensamientos verdes recortados contra el cielo azul, donde las últimas luces, las señales del humo, los frutos del verano o el grito de soledad de las tierras des pobladas conviven con los árboles y los arbustos, las moras y los arándanos. Mucho en muy poco. Todo en la nada del fulgor, cuando se extingue. Un nuevo libro extraordinario en la obra de Antonio Manilla.